

Junio 2023

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 19

ALMAS EUCARÍSTICAS
Sierva de Dios Isabel Leseur

EVANGELIO, PAN DE VIDA
«Es Jesús que pasa...»

POSTRADO A TUS PIES
Letanías del Sagrado Corazón de Jesús

“Nunca podrás abarcar ese misterio del amor que se llama Eucaristía”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
Yo estaré contigo..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Letanías del Sagrado Corazón de Jesús..... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
Sobre el Sagrado Corazón de Jesús..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
“Es Jesús que pasa” 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
Por aquí ha pasado mi Dios..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
María nos lleva a Jesús..... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Sierva de Dios Isabel Leseur..... 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
El pueblo que no quería cura..... 14



“Yo estaré contigo...”

El pueblo de Israel, al que Dios ha librado de la esclavitud en Egipto, camina cuarenta años por el desierto en busca de la Tierra Prometida. En ese largo periodo de tiempo la sed, el cansancio, el miedo y las dudas hacen que los israelitas dejen de confiar en Dios y murmuren, y se rebelen contra Él... Pero Dios los escucha y se hace presente de una manera visible para reconfortar a ese pueblo que peregrina casi sin rumbo.

Nuestra vida es, en muchas ocasiones, un desierto donde, como el pueblo de Israel, hemos perdido el horizonte. Pero también ahora Dios se hace presente y camina con su pueblo, el pueblo de la Nueva Alianza. Esto es lo que exterioriza de una manera particularísima la Solemnidad del Corpus Christi: Avanzamos tras Aquél que es el Camino y que nos acompaña hasta la consumación de los siglos.

En medio de ese desierto y esa hambre, Cristo, como nuevo Moisés, viene a traernos el auténtico maná: “Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”.

Nos dice el P. Molina:

«El “Yo estaré contigo” de Dios fue el apoyo que experimentó Moisés y, por su mediación, Israel, el Pueblo escogido. Manifestó esa su Presencia activa-vital y la cumplió mediante la aparición de la columna protectora de

nube durante el día y la columna protectora de fuego durante la noche; y por la sustentación del pueblo con la comida bajada del cielo llamada “maná”.

Dios caminó así con su Pueblo durante cuarenta años y selló esta unión mediante los lazos espontáneos, gratuitos, generosos, irrompibles, inmutables de la Alianza y de la promulgación subsiguiente de la ley. Fue una promesa irrompible. Su ruptura de parte del Pueblo traerá castigo medicinal. Su cumplimiento, el premio de la consecución definitiva de la liberación, objetivo final de la Alianza.

De una manera aún más sorprendente, también Dios manifestó esa su Presencia activa-vital al Nuevo Pueblo escogido, la Iglesia fundada por Cristo, y la cumplió al instituir la Eucaristía. La Eucaristía es el mismo Dios hecho alimento para ser asimilado por el hombre. Y Dios selló esta nueva Alianza mediante la promulgación del

Evangelio o ley fundamental por la que se rige el misterio que es el Pan Eucarístico.

La Humanidad de Cristo es la “Morada de Dios” entre los hombres y su Eucaristía es el recuerdo vivo, a lo largo del tiempo, de esa “Morada de Dios” entre los hombres que es Jesús.

Conforme vayamos llegando, gracias a la hermana muerte, a la conquista de la montaña de Dios que es el Cielo, nos iremos acercando más a esa morada estable y definitiva en la que, sin mediaciones, dejaremos de estar en nosotros y vivir en nosotros para pasar a estar y vivir en Dios. Esto es, dejaremos de ver, experimentar, vivir a Dios en la fe para pasar a verlo, experimentarlo y vivirlo en la visión intuitiva sin mediación alguna. Ya no tendrá Dios que “salir de Sí” para poner su morada entre nosotros, sino que nosotros, saliendo de nosotros, pasaremos a poner nuestra morada en Dios».

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús

En la Eucaristía late el Corazón de Jesús. Son lo mismo, la misma Persona, la Segunda de la Santísima Trinidad. Acercarnos a la Eucaristía es acercarnos al Corazón “que tanto ha amado a los hombres” en palabras del mismo Jesús a Santa Margarita María de Alacoque. Acerquémonos hoy –y cada día– a este Sagrado Corazón palpitante en la Eucaristía y roguémosle. A cada invocación respondemos: Ten misericordia de nosotros.

- Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre...
- Corazón de Jesús, formado en el seno de María por el poder del Espíritu Santo...
- Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo...
- Corazón de Jesús, de Majestad infinita...
- Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios...
- Corazón de Jesús, Tabernáculo del Altísimo...
- Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del Cielo...
- Corazón de Jesús, horno de encendido amor...
- Corazón de Jesús, receptáculo de la justicia y amor...
- Corazón de Jesús, lleno de bondad y amor...
- Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes...
- Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza...
- Corazón de Jesús, Rey y centro de toda alabanza...
- Corazón de Jesús, en quien habita la Divinidad...
- Corazón de Jesús, en quien el Padre se ha complacido...
- Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos recibimos...
- Corazón de Jesús deseo de los collados eternos...
- Corazón de Jesús, paciente y misericordioso...
- Corazón de Jesús, rico para todos los que lo invocan...
- Corazón de Jesús, fuente de Vida y Santidad...
- Corazón de Jesús, propiciación de nuestros pecados...
- Corazón de Jesús, saturado de oprobios...
- Corazón de Jesús, oprimido por nuestras maldades...
- Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte...
- Corazón de Jesús, traspasado por la lanza...
- Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo...
- Corazón de Jesús, Vida y Resurrección nuestra...
- Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra...
- Corazón de Jesús, víctima por los pecadores...
- Corazón de Jesús, salvación de los que esperan en Ti...
- Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren...
- Corazón de Jesús, delicia de todos los santos...

**Jesús Manso y humilde de corazón,
haz nuestro corazón semejante al tuyo.**

Corazón de mi Jesús en la Eucaristía, te encomiendo mis obras: mi espíritu para iluminarlo, mi corazón para dirigirlo, mi voluntad para fijarla, mi miseria para curarla, mi alma para salvarla. Corazón de mi Jesús en la Eucaristía, vive Tú en mí...

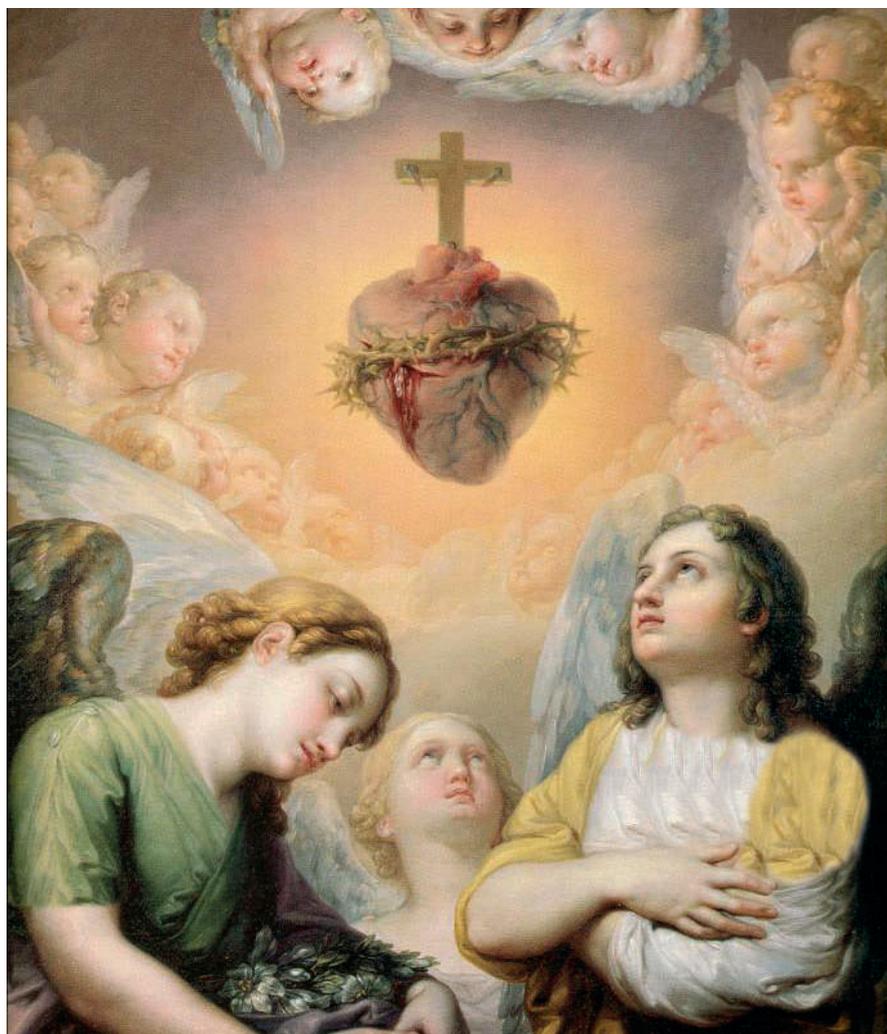


CATEQUESIS SOBRE LA DEVOCIÓN AL *Sagrado Corazón de Jesús*

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha existido desde los primeros tiempos de la Iglesia cuando se meditaba en el Costado abierto de Jesús en la cruz, de donde salió sangre y agua. De ese Corazón nació la Iglesia y por ese Corazón se abrieron las puertas del Cielo. La devoción está por encima de otras devociones porque veneramos al mismo Corazón de Dios. Pero fue Jesús mismo quien el el S. XVII solicitó a Santa Margarita María de Alacoque, humilde religiosa salesiana, que se estableciera la devoción a su Sacratísimo Corazón.

El 16 de junio de 1675 se le apareció Nuestro Señor y le mostró su Corazón rodeado de llamas de amor, coronado de espinas y con una herida abierta de la cual brotaba sangre. Del interior de su Corazón salía una cruz y le dijo: “He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres

y, en cambio, de la mayor parte de los hombres, no recibe nada más que ingratitud, irreverencia y desprecio en este Sacramento de Amor”. Con estas palabras Nuestro Señor mismo nos dice en qué consiste la devoción a su Sagrado Corazón. Conozcamos mejor esta devoción:



¿A quién designamos con las palabras *Sagrado Corazón de Jesús*? A Jesucristo nuestro Señor, considerado, adorado y amado en su amor divino y humano, manifestado, y simbolizado por su Corazón de carne, su Corazón real.

¿Cuál es el objeto final y definitivo de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús? Es la persona única y divina de Jesucristo en su integridad, amabilísimo y amantísimo. Porque la honra que tributamos a una cualidad o a una parte de una persona va dirigida a la misma persona.

¿Cuál es el objeto concreto de la devoción al Sagrado Corazón? Es el Corazón de carne del Hombre Dios, órgano propulsor de su sangre, y que sigue latiendo en el divino pecho de Jesús glorioso en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar.

¿Cuál es su objeto profundo y último? Es el amor de Jesucristo nuestro Señor, amor humano y amor divino.

¿Cuáles son las más insignes manifestaciones del amor de Jesús a los hombres? El amor de Jesús a los hombres se manifestó plenamente en todos los actos de su Encarnación, de toda su vida y especialmente en su Pasión, muerte, Resurrección y Ascensión al cielo. Y muy especialmente en el Santísimo Sacramento del Altar.

¿Hasta dónde se extiende el amor de Jesús? Se extiende a todos los hombres, a todos los tiempos y a todos los lugares. Impulsado por él, Jesús se rebajó hasta la muerte horrible y afrentosa de la Cruz y fuimos encumbrados hasta la dignidad de hijos adoptivos de Dios con derecho a gozar de su misma gloria.

Amemos a este Divino Corazón y ofrezcámosle actos de reparación: sacrificios, pequeños y grandes, jaculatorias (oraciones cortas), obras de misericordia, todos los dolores y sufrimientos de la vida, rezarle con fe. Devolvámosle amor por Amor.

“Es Jesús
que pasa...”
(Lc. 18,37)

«**S**ucedió que, al acercarse Él a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello. Le informaron que pasaba Jesús el Nazareno. Y empezó a gritar, diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”. Los que iban delante le increpaban para que se callara, pero él gritaba mucho más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran y, cuando se hubo acercado, le preguntó: “¿Qué quieres que te haga?”. Él dijo: “¡Señor, que vea!”. Jesús le dijo: “Ve, tu fe te ha salvado”. Y al instante recobró la vista...». (Lc 18, 35-43)

Hermosa página del Evangelio. Jesús pasa por el camino. Un ciego, lleno de fe, clama pidiéndole su misericordia y Jesús se detiene, lo escucha y le concede el milagro.

Así es Nuestro Señor: nunca deja de escuchar a quien clama a Él, aunque a veces parezca que se desentende... es solo para darnos ocasión de clamar con más fuerza, con más fe, con más confianza. Él siempre oye.

En el día del Corpus Christi la tradición de la Iglesia Católica es tener una solemne procesión con el Santísimo Sacramento por las calles. Hay quienes objetan que se trata de algo pasado de moda... pues los amantes de Jesús Eucaristía debemos ¡volver a ponerlo de moda!

Él es nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Amor... debemos permitirle recorrer hoy nuestros caminos para que pueda hacer el bien a tantos Bartimeos ciegos de hoy.

Meditemos:

«Si hoy, en tantas ciudades y aldeas donde se tiene esa antiquísima costumbre de llevar en procesión a Jesús Sacramentado, alguien preguntara al oír también el rumor de las gentes: ¿qué es?, ¿qué ocurre?, se le podría contestar con las mismas palabras que le dijeron a Bartimeo: es Jesús de Nazaret que pasa.

Es Él mismo, que recorre las calles recibiendo el homenaje de nuestra fe y de nuestro amor. ¡Es Él mismo!

Y, como a Bartimeo, también se nos debería encender el corazón para gritar: ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí! Y el Señor, que pasa bendiciendo y haciendo el bien, tendrá compasión de nuestra ceguera y de tantos males como a veces pesan en el alma.

Porque la fiesta que hoy celebramos, con una exuberancia de fe y de amor, quiere romper el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa el muro de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda comunidad humana el sentido y la alegría de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompañante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra.

Y esto nos llena el corazón de alegría. Es lógico que los cantos que acompañen a Jesús Sacramentado, especialmente este día, sean cantos

“Siendo Dios omnipotente, no podía dar más; siendo muy sabio, no supo dar más; y siendo muy rico, no tenía nada más para dar”.

(San Agustín)

de adoración, de amor, de gozo profundo. Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor; Dios está aquí, venid, adoremos a Cristo Redentor... Pange, lingua, gloriosi... Canta, lengua, el misterio del glorioso Cuerpo de Cristo...

La procesión solemne que se celebra en tantos pueblos y ciudades de tradición cristiana es de origen muy antiguo y es expresión con la que el pueblo cristiano da testimonio público de su piedad hacia el Santísimo Sacramento.

En este día el Señor toma posesión de nuestras calles y plazas, que la piedad alfombra en muchos lugares con flores y ramos; para esta fiesta se proyectaron magníficas Custodias, que se hacen más ricas cuanto más cerca de la Forma consagrada están los elementos decorativos.

Muchos serán los cristianos que hoy acompañen en procesión al Señor, que sale al paso de los que quieren verle, haciéndose el encontradizo con los que no le buscan. Jesús aparece así, una vez más, en medio de los suyos: ¿cómo reaccionamos ante esa llamada del Maestro?

La procesión del Corpus hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades

del mundo. Pero esa Presencia no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida.

Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario.

Junto a esa procesión solemne de este día, debe estar la procesión callada y sencilla de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra.

Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia.

Y así facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas.

Se cumplirá la promesa de Jesús: “Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí” (Jn 12, 32)».

(Fco. Fernández Carvajal. Hablar con Dios. Tomo VI. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo)

POR AQUÍ HA PASADO MI Dios

(Extracto de un sermón sobre el Corpus Christi del Santo Cura de Ars)

«**A**l hablarnos el Evangelista San Juan de la caridad que Jesucristo mostró con nosotros al instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, nos dice “que nos amó hasta el fin” (Jn. 17, 1) es decir, que amó al hombre, durante toda su vida, con un amor sin igual.

Y ¿no amaremos a un Dios que durante toda la eternidad ha suspirado por nuestro bien? ¡Un Dios que tanto lloró nuestros pecados y que murió para borrarlos! Un Dios que quiso dejar a los ángeles del cielo, donde es amado con amor tan perfecto y puro, para bajar a este mundo, sabiendo muy bien que aquí sería despreciado.

De antemano sabía las profanaciones que iba a sufrir en este sacramento de amor. No se le ocultaba que unos le recibirían sin contrición; otros sin deseo de corregirse; ¡ay!, otros tal vez, con el crimen en su corazón, dándole con ello nueva muerte. Pero nada de esto pudo detener su amor.

¡Dichoso pueblo cristiano!... Este dulce Salvador va a visitar vuestras plazas, vuestras calles, vuestras moradas; en todas partes derramará las más abundantes bendiciones. ¡Moradas felices aquellas delante de las cuales va a pasar! ¡Oh, felices caminos los que vais a estremeceros bajo tan santos y sagrados pasos! ¿Quién

nos impedirá decir, al volver a discurrir por la misma vía: Por aquí ha pasado mi Dios, por esta senda ha seguido cuando derramaba sus saludables bendiciones en esta parroquia?

¡Qué día tan consolador para nosotros! Si nos es dado gozar de algún consuelo en este mundo, ¿no será, por ventura, en este momento feliz? Olvidemos, a ser posible, todas nuestras miserias. Esta tierra extranjera va a convertirse en la imagen de la celestial Jerusalén; las alegrías y fiestas del cielo van a bajar a la tierra.

Si consideramos las obras de Dios: el cielo y la tierra, el orden admirable que reina en el vasto universo, ellas nos anuncian un poder infinito que lo ha creado todo, una sabiduría infinita que todo lo gobierna, una bondad suprema y providente que cuida de todo.

Mas, fijándonos en el adorable sacramento de la Eucaristía, podemos decir que en Él está el gran prodigio del amor de Dios con nosotros. En Él es donde su omnipotencia, su gracia y su bondad brillan de la manera más extraordinaria. Con toda verdad podemos decir que éste es el Pan bajado del cielo, el Pan de los ángeles, que recibimos coma alimento de nuestras almas. Es el Pan de los fuertes que nos consuela y suaviza nuestras penas. Es éste realmente “el Pan de los caminantes”. Mejor dicho, es la



llave que nos franquea las puertas del cielo. “Quien me reciba, dice el Salvador, alcanzará la vida eterna: el que me coma no morirá. Aquel, dice el Salvador, que acuda a este sagrado banquete, hará nacer en él una fuente que manará hasta la vida eterna” (Jn. 6, 54 -55, 4, 14.).

No era bastante que el Hijo de Dios se hiciese hombre por nosotros, para dejar satisfecho su amor, era preciso ofrecerse a cada uno en particular. Ved cuánto nos ama.

Jesús no podía llevar su amor más allá que dándose a Sí mismo, ya que, al recibirlo, le recibimos con todas sus riquezas. ¿No es esto una verdadera prodigalidad



de un Dios para con sus criaturas? Si Dios nos hubiese dejado en libertad de pedirle cuanto quisiéramos, ¿nos habríamos atrevido a llevar hasta tal punto nuestras esperanzas? Por otra parte, el mismo Dios, con ser Dios, ¿podía hallar algo más precioso para darnos?, nos dice San Agustín. Pero, ¿sabéis aún cuál fue el motivo que movió a Jesucristo a permanecer día y noche en nuestros templos? Pues fue para que, cuantas veces quisiéramos verle, nos fuese dado hallarle. ¡Cuán grande eres, ternura de un padre! ¡Qué cosa puede haber más consoladora para un cristiano que sentir que adora a un Dios presente en Cuerpo y Alma!

Si amásemos a Dios, sería para nosotros una gran alegría, una

gran dicha el venir todos los domingos al templo a emplear algunos momentos en adorarle y pedirle perdón de los pecados; miraríamos aquellos instantes como los más deliciosos de nuestra vida.

¡Cuán consoladores y suaves son los momentos pasados con este Dios de bondad! ¿Estás dominado por la tristeza?, ven un momento a echarte a sus plantas, y quedarás consolado. ¿Eres despreciado del mundo?, ven aquí, y hallarás un Amigo que jamás quebrantará la fidelidad. ¿Te sientes tentado?, aquí es donde vas a hallar las armas más seguras y terribles para vencer a tu enemigo. ¿Temes el juicio formidable que a tantos santos ha hecho temblar?, aprovéchate del

tiempo en que tu Dios es Dios de misericordia y en que tan fácil es conseguir el perdón. ¿Estás oprimido por la pobreza?, ven aquí, donde hallarás a un Dios inmensamente rico, que te dirá que todos sus bienes son tuyos, no en este mundo sino en el otro. ¿Queremos comenzar a gozar de la felicidad de los santos?, acudamos aquí y saborearemos tan venturosas primicias.

Mientras no améis a vuestro Dios, jamás vais a quedar satisfecho. Todo os agobiará, todo os fastidiará; mas en cuanto le améis, comenzaréis una vida dichosa y en ella podréis esperar tranquilamente la muerte... ¡Aquella muerte feliz, que nos juntará a nuestro Dios!...».

MARÍA NOS LLEVA A *Jesús,*

FORTALEZA EN TODA TRIBULACIÓN

En el Corazón Inmaculado de María podemos alcanzar las gracias de Dios que nos darán fortaleza. El 13 de mayo de 1917, la Virgen de Fátima dijo a los tres pastorcitos, tras su generoso ofrecimiento, que “la gracia de Dios sería su fortaleza”. En ese momento les infundió la luz que la llenaba a Ella misma, que era Dios. En la luz de la Señora, encuentran ellos a Dios. Ahí está Jesús Eucaristía: ¡Dios mío, os adoro en el Santísimo Sacramento!

El Corazón Inmaculado de la Señora, sagrario donde también mora Jesús, será para la Hermana Lucía el refugio y el camino que le conducirá hasta Dios. Y esta promesa no es solo para ella, al quedar sin la compañía de sus primos, sino para todos nosotros. ¡En María encontramos a Jesús! En el Corazón Inmaculado de la Madre, y en el Corazón Eucarístico de Jesús encontraremos “nuestro refugio y fortaleza, poderosos defensores en el peligro” (Cf. Salmo 45).

El Santísimo Sacramento, fuente y Milagro de fortaleza

La fortaleza es firmeza de ánimo o energía de carácter, condición general de toda virtud verdadera y constante. También es el nombre de una virtud especial, que puede definirse como una virtud cardinal infundida con la gracia santificante, que enardece el apetito irascible y la voluntad para que no desistan de conseguir el bien arduo o difícil, aun con peligro de la vida corporal.

Nuestra vida en la tierra es milicia, lucha. Por el Bautismo y la Confirmación somos soldados de Cristo: unas veces hay que atacar para la defensa del bien, reprimiendo o exterminando a los enemigos del alma, y otras hay que resistir con firmeza sus asaltos para no retroceder un paso en el camino emprendido.

El hombre, alimentado con la Eucaristía, con su alma fortalecida por el Maná celestial, se olvida de sí mismo y se inmola.

“Frente a la adversidad, los fie-

les encontramos en este divino manjar toda la fuerza que necesitamos para arrostrarla. Cuando nos abrumen contrariedades o nos vemos calumniados y agobiados por toda suerte de aflicciones, si recurrimos a la Eucaristía hallaremos en ella paz y sosiego; si estamos acosados por mil tentaciones, los fieles soldados de Jesús encontramos en la Comunión el vigor necesario para sobreponernos a los asaltos de los hombres y del infierno.

En vano se buscará fuera de la Eucaristía esa fuerza sobrehumana. Si allí se encuentra es porque Jesús, el Salvador, el Dios fuerte, reside en ella realmente”. (S. Pedro Julián Eymard).

Santa María vivía centrada en Dios. El amor da fuerza para todo. Dios no le ahorró dificultades y contrariedades con las que se acrisolara más y más su virtud. En ellas demostró una gran energía, una fortaleza extraordinaria. ¡Cuánta lucha y vigilancia necesitó para no perder la pleni-

tud de gracias que había recibido del Señor, para aumentarlas y para corresponder a su altísima vocación!

Nosotros, cuando comulgamos, recibimos a Jesucristo, con su excelente séquito de gracias sacramentales y aumento de gracia santificante. Podemos vivir como María, ‘endiosados’. Sin embargo, también requiere de nosotros una lucha valiente contra los enemigos externos, y contra los internos: egoísmo, sensualidad, impaciencias, etc., y los pecados veniales habituales. Pidamos a Santa María las gracias para vencer las dificultades. Ella es para el demonio ‘terrible como un ejército en pie de batalla’.

Jesús sacramentado es nuestro Maná

Jesús está verdaderamente en la Eucaristía, vivo, amante como un Padre que espera a sus hijos. Se abaja a su criatura para hacerse todo a todos. Si necesitamos consuelo, Él nos consuela. Si pedimos fe, nos la aumenta; si nos arrepentimos, Él perdona; si le queremos consolar, Él se deja consolar; si necesitamos fuerza y paz, nos ayuda.

Bien hacemos en recurrir al Fuerte, nosotros tan quebrantados por nuestra debilidad y nuestros pecados. Mientras estamos en este destierro, combatidos por el mundo, el demonio y la carne, necesitamos hacernos violencia, luchar contra esas seducciones.

¿Qué es lo que necesitamos para luchar contra las seducciones del mundo y contra nosotros mismos? ¿Fortaleza? Pues por medio de la contemplación de la Eucaristía y de la Comunión, que es la unión perfecta con Jesús, conseguimos esta fortaleza. La dulzura que podemos sentir es una cosa pasajera, mientras que la fortaleza es cosa permanente. La fuerza es paz.

Para alcanzar la virtud de la fortaleza y de cristiana mortificación hay un modo eficacísimo entre todos y único, que puede perfeccionar los demás: es el amor de nuestro Señor y a la Virgen.

Uno de los efectos saludables que produce cada Sacrificio de la Misa en las almas de los que participamos en ella es debilitar el imperio de Satanás y los ardores de la concupiscencia, consolida los vínculos de nuestra incorporación a Cristo y preserva de los peligros y desgracias.

El pecador se reconcilia con Dios, el justo se hace más justo, se cancelan las culpas, se aniquilan los vicios, se alimentan las virtudes y los méritos, y se rebaten las insidias diabólicas.

Así, nuestra lucha se facilita enormemente con estas gracias.

Si es verdad que todos tenemos necesidad de tener gracias para esta vida y para la otra, con nada se pueden obtener como con la Santa Misa. San Felipe Neri decía: “Con la oración pedimos a Dios las gracias; en la Santa Misa le obligamos a dárnoslas...”. En la Santa Misa, nuestra plegaria va unida con la plegaria sacrificada de Jesús que se inmola por nosotros.

Especialmente durante la plegaria Eucarística y la Consagración, que es el corazón de la Santa Misa, la plegaria de todos nosotros se convierte en la plegaria de Jesús presente entre nosotros. Hay dos momentos poderosos para recordar e implorar gracias por los vivos y los difuntos, precisamente en los instantes supremos de la Pasión y Muerte de Jesús entre las manos del sacerdote.

En la Santa Misa, momento en que María está como mujer fuerte al pie de la Cruz, pidamos poder imitarla.



AMAR
ES
TODO

*La Sierva de Dios
Isabel Leseur*

Isabel Arrighi nace en París el 16 de octubre de 1866 en una familia de rai-gambre católica.

A los 23 años, el 31 de julio de 1889, contrajo matrimonio con Félix Leseur, quien pertenecía también a una familia religiosa, pero que perdió la fe en Universidad donde estudió medicina.

Con el matrimonio empiezan los sufrimientos. Padece una peritonitis y con el tratamiento descubre que le será negado el don de la maternidad. Durante la convalecencia, muere su padre. Entretanto Félix, de espíritu inestable, abandona la medicina y se dedica al periodismo, a la política y a las relaciones sociales.

Isabel seguía fiel a la fe de sus padres, que asumió como parte esencial de su vida. Pero Félix era un declarado anticlerical, que frecuentaba los círculos políticos de aquella Francia nacida de la Revolución, colaborador de periódicos revolucionarios y anticlericales, muy relacionado con la intelectualidad francesa dominada por las corrientes racionalistas. Y quería llevar a su mujer por los mismos derroteros.



La ocasión se presentó cuando Isabel le confesó que estaba pasando por una crisis de fe. Félix le ofreció la nefasta y blasfema obra maestra del racionalismo: “La Vida de Jesús” de Renán. Su lectura despertó en Isabel su fe dormida y se rebeló frente a las blasfemias que leía. Como a tantos, aquellas páginas la indignaron profundamente, su fe estaba en crisis, pero no perdida. Fue como un soplo sobre las brasas de la fe cubiertas de ceniza.

Volvió al Evangelio para re-encontrar la auténtica figura de Jesús y revivir la amistad que había llenado su niñez y su juventud. Jesús siempre le fue fiel y la esperaba con un amor infinito, con una misericordia que llegaría a cambiar su vida.

Félix se vuelve mordaz contra ella, pero Isabel resiste fuerte en la fe, enamorada de Cristo, con quien inicia nueva relación, vital e íntima. Y el itinerario de esa amistad, creciente hasta la muerte, quedaría reflejado en un diario que Isabel comenzó entonces y mantuvo en el más estricto secreto. Escribía: *«Por la serenidad que quiero adquirir demostraré que la vida cristiana es grande, hermosa y llena de gozo»*. Su lema: *«No aprobar todo, pero perdonar todo... Amar a las almas como Cristo las amó...»*.

Su marido no conoció este diario íntimo de su esposa hasta después de su muerte. Isabel no podía compartir con su marido las maravillas que Dios obraba en su alma. Estaba sola en aquellos momentos cruciales de su nueva vida, por ello buscó un director espiritual y Dios lo puso en su camino.

Quiso que aquel cambio de vida estuviera marcado por un acto de valor definitivo. Y, en

un viaje a Roma, en la basílica de San Pedro, el Miércoles Santo de 1903, en la capilla del Santísimo Sacramento, hizo la ofrenda de sí misma a Dios como víctima por Francia y por la conversión de Félix. Isabel se inmolvaba como hostia con Jesús Hostia.

Cuatro años después, en 1907, una grave enfermedad comenzó a minar seriamente su vida. Isabel lo aceptaba con la serenidad de quien vive en Dios. Personas que la conocían y querían le aconsejaron ir a Lourdes en peregrinación. En junio de 1912 va junto a Félix, quien se siente turbado ante la paz de aquellos ojos luminosos de Isabel. En Lourdes, ante la gruta de la Inmaculada se conmueve, pero sigue siendo el escéptico de siempre. Isabel no volvió curada, pero la Virgen del hágase de la Anunciación y de la Pasión al pie de la Cruz le dio nuevos bríos para tomar cada día su cruz y seguir a Cristo hasta su propio calvario.

Los meses trascurren velozmente. Isabel sufre cada vez más, pero no se desdice de su ofrecimiento. En julio de 1912 le dice Isabel a su esposo: *«Cuando haya muerto, te convertirás y te harás religioso. Sí, ¡serás el Padre Leseur!»*.

La vida de Isabel en este mundo había iniciado la recta final. Recibe la unción de los enfermos el 28 de abril de 1914 y exclama: *«Amar es todo»*. Sonríe a Félix el cual, aunque traspasado por el dolor, permanece a su lado. Fallece el 3 de mayo de 1914, día de la Invención (el encuentro) de la Santa Cruz. Isabel encontró al fin la Luz, a través de la Cruz.

Félix Leseur vio cómo su esposa aceptaba horribles sufri-

mientos y la misma muerte con una sonrisa. Nunca pudo comprenderlo. Descubre los tres cuadernos del diario de Isabel y los lee. Entonces comprende cuánto ha amado Isabel a Cristo y cuánto lo ha amado a él. Él muchas veces no permitió a su mujer recibir la Sagrada Eucaristía, asistir a la Santa Misa..., pero ella se había hecho “Misa y Eucaristía” por amor.

La gracia golpeó aquel corazón incrédulo y endurecido. Volvió a la fe de la Iglesia. Pidió ser admitido en la Tercera Orden de Santo Domingo. Era solo el primer paso. En septiembre de 1950 iniciaba el año canónico de noviciado en la Orden de Predicadores en la que profesó al año siguiente con el nombre de Fray Marie Albert. En 1923 subió al altar como sacerdote de Cristo para siempre, como le había profetizado Isabel.

El P. Leseur quiso dar a conocer la espiritualidad de Isabel, publicando sus escritos y una biografía y dio los primeros pasos para que se iniciara su proceso de canonización. Se hizo apóstol de los intelectuales agnósticos y los no creyentes, que en otros tiempos fueron sus compañeros del camino que lleva al vacío y a la nada.

Tras veintisiete años de sacerdocio, Dios llamaba a la Luz a Félix. Isabel fue el grano que, sepultado en tierra y muriendo, dio fruto, no solo para la conversión de su marido sino para su consagración sacerdotal. El P. Félix Leseur vivió y murió agradecido a aquella mujer que dio la vida para que él tuviera Vida y la diera en abundancia a través del sacerdocio. Isabel aprendió del Corazón Eucarístico de Jesús la ciencia de amar, a pesar de todo y hasta dar la vida.

El pueblo que no quería cura

Entre los grandes milagros podemos contar las conversiones, ya sean particulares o comunitarias. Te presentamos una conmovedora historia en la que Jesús Eucaristía hizo por medio de su ministro, un sacerdote joven, pequeño y enfermizo, pero lleno de amor a Dios y a las almas, un gran milagro: la conversión de todo un pueblo.

Sucedió hacia el final de la década de 1930 en Egipto. Un pueblo de rojas casas de adobes fulgurando suntuosamente entre los verdes palmerales y el agua del Nilo. Pueblo siniestro, en el que imperaban el odio y el terror: protestantes y musulmanes, católicos y ortodoxos, todos están divididos entre sí en bandos irreconciliables.

Día tras día se sucedían los homicidios y las represalias. La Policía nunca daba con el culpable: son asuntos que se liquidan sin necesidad de testigos. Desde que el sol se ocultaba, nadie se aventuraba a salir de su casa. Durante el día, los campesinos iban a trabajar a su heredad armados de un fusil, viejo o nuevo.

Fue entonces cuando hubo necesidad de nombrar párroco para este pueblo. El Sr. Obispo se lo propuso al P. Boulos, un joven sacerdote que acababa de salir del Seminario. Bajo de talla, de salud endeble, tímido pero fervoroso y caritativo. Lo aceptó con entusiasmo, era la Voluntad de Dios.

Pero no había marchado todavía, cuando comenzaron a llegar al obispado cartas anónimas: no querían curas en aquel pueblo, ni los católicos ni los no católicos. Lo dejarían morir de hambre y de hastío... más aún, tenían la intención de envenenarlo. El Sr. Obispo llamó al P. Boulos. Le puso al corriente de todo y le cambió el destino.

—Señor obispo, permítame que obedezca al primer nombramiento.

—Pero, hijo mío, por ese camino vas a la muerte. Yo no tengo derecho a exponerte inútilmente.

—No será inútilmente, señor obispo.

—Pero no es prudente ir. Que ahí se queden los de ese pueblo... que se lo tienen merecido.

—Me siento especialmente movido a ir allá. Concédame ese favor, señor Obispo, se lo suplico.

El Sr. Obispo no quiso contrariar la llamada del Espíritu Santo al joven Padrecito y dejó partir al sacerdote, mientras lo bendecía con lágrimas en los ojos.

El P. Boulos llegó a la casucha abandonada que hacía de casa cural. Nadie salió a recibirlo. Fingieron no darse cuenta de su llegada. Al día siguiente, después de haber golpeado largo rato un



leño que servía de campana, celebró la Santa Misa, solo, en la iglesia desierta y sucia. Luego puso manos a la obra: blanquear la iglesia, barrerla, limpiarla, reservar en ella el Santísimo Sacramento, orar...

El P. Boulos intentaba entrar en contacto con aquellas gentes, pero encontraba desconfianza y recelo; nadie hablaba con él, ni siquiera por curiosidad. A su paso, los rapaces huían, le tiraban piedras y se rascaban la cabeza para conjurar todo maleficio y como señal de desprecio. No podía encontrar un monaguillo, ni una buena mujer que quisiera cocinarle y lavarle la ropa. Estaba terriblemente solo.

Se comportaba como si fuera la mejor parroquia del mundo; siempre cortés, sonriente, amable. Al pasar por aquellas callejuelas era el primero en saludar con una voz dulce, aunque no le devolvieran el saludo. No se incomodaba, no pedía nada, no tomaba ninguna precaución. El P. Boulos ayunaba, oraba, sufría en su interior, se consumía físicamente... Escribió a su Obispo: «No se inquiete, yo hago aquí la vida de nuestros antepasados los Padres del desierto, que, por cierto, no es del todo incómoda».

Pero el cerco hostil de aquellos campesinos duros y tenaces, no presentaba la menor fisura.

Al cabo de cinco meses, un domingo, después de haber cantado la Misa mayor solo, el P. Boulos sintió frío a pesar del calor asfixiante de julio, y terminó antes que de costumbre su oración ante el sagrario. Envuelto en su única manta, se había acostado cuando, sin llamar a la puerta, entró un hombre: Mi madre está enferma y quiere confesarse y comulgar. Ven. ¡Por fin, una llamada, la primera, a su sacerdocio! ¡Bendito sea Dios! A pesar de su extrema debilidad el P. Boulos no vaciló un momento en levantarse. Administró a la anciana la Unción y le dio la Comunión. Después, tiritando de fiebre, pero contento, volvió a acostarse.

Al día siguiente no se le vio entrar ni salir de la iglesia; no se le vio pasar por la calle como todos los días. Sin desearlo, aquellas gentes se habían habituado a aquella silueta menuda y afable, a su saludo, y les parecía como que faltaba algo en su mundo de todos los días. Sin ponerse de acuerdo, algunos musulmanes, ortodoxos y católicos entraron en la casucha. Allí pudieron verlo: su pequeño párroco estaba muerto.

Entonces, aquellos hombres rudos se acercaron y, uno tras otro, fueron tomando la mano que pendía examine y la llevaron a sus labios y a su frente, mientras un contenido sollozo aprensaba sus gargantas. Después de contemplar en silencio el cadáver, se miraron unos a otros y se vieron de pronto libres de odios y rencores.

Corrió veloz la triste nueva. Y, ¡cambio sorprendente!, todas aquellas gentes fueron presurosas a postrarse ante el cadáver del sacerdote. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, los hombres salieron de noche y sin armas, y velaron el cadáver como acostumbra hacerlo: en cuclillas y en silencio. Cuando llegó la hora del entierro pidieron que el féretro se detuviera en el umbral de cada casa para bendecirla; quisieron que su párroco hiciera lo que no logró hacer en vida. También quisieron todos llevar en hombros a aquél que con tanta dulzura y mansedumbre había sabido sobrellevados a todos. Y aquella procesión duró ¡seis horas! Hoy, aquel pueblo, antaño siniestro, es una de las mejores parroquias de la diócesis de Tebas.



ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

«El sacerdote está llamado por Cristo a ser testigo suyo, sal de la tierra, transformador del mundo en Él». (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)

Reinado 
de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com



nsetvradio
ejercitoblanco



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com